2

TRAFALGAR.

COMBATE NAVAL

DE

TRAFALGAR

(RELACION HISTÓRICA.)



MADRID:

IMPRENTA Á CARGO DE MANINI HERMANOS,
calle del Duque de Osuña, núm. 2.
MDCCCLI.

COMBATE DE TRAFALGAR.

RELACION HISTÓRICA (1).

Por los años de 1795 cuando regia el ministerio de Marina el Bailio fray don Antonio Valdés y Bazan, la nuestra habia llegado á su mayor apogeo, contando hasta 76 navíos de línea, 52 fragatas y de buques menores tantos, que formaban entre unos y otros barcos el total de 311.

Tan lisonjero resultado era producto de la prosperidad que la nacion española habia adquirido con la sábia política de los dos últimos monarcas Fernando VI y Cárlos III, á la sombra de cuyas benéficas providencias la agricultura, la industria y el comercio se habian desarrollado tanto, que en el tráfico marítimo se entretenian

(1) Esta relacion se ha estractado de la *Historia del combate naval de Trafalgar precedida de la del renacimiento de la Marina española en el siglo XVIII* que ha escrito el Sr. D. José Ferrer de Couto, y que en su dia verá la luz pública. Las dimensiones naturales de una relacion sucinta no han permitido que en esta se estiendan los datos y refutaciones convenientes tales como se hallan en aquel libro, al cual siempre convendrá acudir para conocer á fondo, entre otras muy importantes de la Marina en sus distintos atributos, la cuestion que se trata.

considerables porciones de buques mercantes, que servian de activo plantel y escuela de la marina de guerra.

La muerte de Cárlos III: las miras políticas de la Inglaterra, siempre esclusivistas é interesadas: la revolucion de Francia, y la torpe administracion de algun secretario favorito de Cárlos IV se aunaron para destruir la base en que descansaba el sólido edificio de nuestra Marina. Sangrientas guerras, onerosos tratados, inconvenientes alianzas y providencias violentas y desorganizadoras disminuyeron nuestro comercio marítimo; y aunque el número de buques del Estado fuera el mismo, bien que algunos descalabros lo habian notablemente disminuido al comenzarse la presente centuria, ni habia grandes repuestos, como en otros años, para improvisar numerosas escuadras, ni siquiera el personal existente podia cubrir una parte escasa de las dotaciones mas precisas.

Semejante estado era el mas oportuno para que el génio de la revolucion francesa aprovechase nuestros recursos en pró de sus proyectos de conquista. Despues de haber humillado á las primeras y mas fuertes potencias de Europa, hizo á la nuestra proposiciones de alianza que fueron aceptadas: la Inglaterra, mal satisfecha de ellas, quiso tomar venganza acometiendo nuestros buques, no sin algunos visos de justicia, y la guerra, al cabo, fué la última razon á que apelaron las tres naciones para ventilar sus agravios, y hacer ostentacion de sus respectivos derechos. Sucedia esto cuando ya terminaba el año de 1804.

La marina francesa á la sazon entretenia sobre las aguas de nuestras costas algunas escuadras, siendo entre todos sus gefes el mas caracterizado Mr. Villeneuve,

hombre de arrojado valor en el peligro, pero de escasa prevision y muy cortos alcances en las combinaciones estratégicas. Mandaba la escuadra del Mediterráneo, y por su mayor categoría y el especial favor que gozaba del ministro de Marina Mr. Decrès, tambien alcanzaban sus órdenes á otras escuadras y apostaderos que en varios puertos del Océano de la propia nacion se entretenian.

Nosotros tambien contábamos en actitud de darse al mar una porcion considerable de navíos, distribuidos entre el Ferrol, Cádiz y Cartagena: cada una de estas subdivisiones tenia su gefe respectivo; pero entre todos descollaba el intrépido teniente general don Federico Gravina, hábil diplomático, entendido marino, gefe previsor y valiente soldado. Sus cualidades le llamaban á ocupar un lugar muy distinguido entre los grandes hombres de los modernos tiempos; mas la terquedad de un ministro francés y la falta de carácter de otro ministro español no permitieron que el génio brillase y su nombre, gozando el privilegio de la inmortalidad, no tuvo sin embargo ocasion de rayar tan alto como á sus brillantes dotes convenia.

Los ingleses por su parte no se descuidaban en la guarda de sus costas y avenidas: sobre todo observaban con especial cuidado el canal de la Mancha, no sin bloquear á la vez nuestros puertos, con el objeto privilegiado de estorbar toda reunion de grandes fuerzas marítimas, en virtud del cuidado en que estaban por los inmensos aprestos de guerra que Napoleon hacia sobre las costas occidentales de la Francia. Dejábase adivinar por ellos el proyecto de un desembarco poderoso en las costas de la Gran Bretaña, y esto era demasiado sério para que el al-

mirantazgo inglés no velara con todas sus fuerzas por la seguridad de su patria. Nelsson era el comandante en gefe de todas las fuerzas navales que habian de garantizar la integridad territorial de Inglaterra.

La esquisita vigilancia de las escuadras británicas iba retrasando el plan general del improvisado emperador; pero su génio le sugirió bien pronto una combinacion arriesgada, que habia de facilitar á las fuerzas aliadas de España y Francia la mas completa y útil reunion que pudiera desearse, y por ella se decretó la espedicion á la Martinica. Villeneuve y Gravina, reunidos sobre el estrecho gaditano, surcaron en breves dias las aguas de las Antillas; y cuando apercibidos los ingleses acudieron al socorro de sus posesiones en aquellas partes, la rápida vuelta de nuestras fuerzas hubiera dado el resultado apetecido por el emperador, si la pusilanimidad ó ineptitud de Villeneuve en el combate de Finisterre no hubiera destruido todas las ventajas que hasta allí se habian logrado. La pérdida injustificable de dos navíos españoles en aquella accion, introdujo la desconfianza entre los aliados; la opinion general proclamaba á voz en grito la inconveniencia de Villeneuve y la necesidad de que en lo sucesivo rigiese las fuerzas marítimas de ambas naciones nuestro general Gravina, el cual, segun testimonio de los propios franceses, habia sido *todo génio y decision en el combate.* Pero el emperador, á quien el suceso habia desagradado altamente, se contentó con lamentar la incapacidad de su vice-almirante, al paso que celebraba con muy significativas muestras de afecto las circunstancias especiales y ventajosas de Gravina; y Villeneuve, contra todas las leyes de lo justo, continuó al frente de las fuerzas combinadas,

para mejor preparar los mayores trastornos que sobre nuestra Marina se estaban amontonando.

Todavía, con el objeto de mejorar la posicion respectiva de cada nacion, tras del percance de Finisterre Napoleon dictó nuevas instrucciones á su caudillo marítimo. Por ellas debia permanecer muy breves momentos en el Ferrol, avanzar hácia el Septentrion para tomar á sus órdenes las fuerzas de Rochefort, Brest y Texel, dominar el canal de la Mancha y facilitar la travesía de doscientos mil hombres de desembarco sobre las costas de Inglaterra. Villeneuve lejos de tomar la derrota que se le marca, dá la vela mas tarde de lo conveniente: abandona sobre las aguas de Vigo una division que debia unirse á sus fuerzas: tuerce al Sur: atraviesa las columnas de Hércules, y entra en el puerto de Cádiz, donde á breves dias le habia de seguir el mas riguroso bloqueo. En vano repetidas órdenes le mandan su salida para Tolon, ya que con un solo movimiento habia destruido las combinaciones mas hábiles y dispendiosas. Villeneuve, sordo á la voz del emperador, indiferente á las instigaciones de sus amigos y subordinados, y sin tener en nada las ya públicas murmuraciones permanece anclado en el puerto de su mayor descrédito, y solo da muestras de vida cuando su relevo queda decretado y resuelto definitivamente. Los despachos de su amigo el ministro Decrès le pusieron en completa conmocion; pero entonces ya no era tiempo de salir á la mar porque la estacion habia avanzado, los barómetros anunciaban señales de próxima tormenta y los enemigos habian amontonado sobre las aguas de Cádiz mayor número de navíos de los que pudieran presentar en línea de batalla las escuadras francesa y española.

Con todo: el ministro que firmara la exoneracion ó relevo como agente subordinado del emperador, escribia á la par como amigo á Villeneuve, indicándole como único medio de su rehabilitacion los resultados definitivos de una batalla sangrienta: y al pusilánime gefe, que hasta allí no habia tenido resolucion bastante ni siquiera para ordenar un reconocimiento sobre sus enemigos, se le vé entonces arrojado y decidido á salvar su posicion de gefe cuando ni siquiera le era posible poner á cubierto su honra de la nota de traidor con que Napoleon le habia infamado.

Por lo que de aventurado tenia el propósito de salir al mar, Villeneuve llamó á consejo de oficiales generales en el navío *Bucentaure* que montaba. Los nombres respetables de Gravina, Alava, Escaño, Cisneros, Churruca y Valdés, que tantas pruebas tenian dadas de su valor é inteligencia como capitanes y marinos, desaprobaron la inoportuna salida que trataba de aventurarse: lo mismo hicieron otros gefes de la escuadra francesa; pero Villeneuve no podia olvidar que detrás de la inaccion llegaria el relevo, y sobre su responsabilidad echó la determinacion de una medida que bien pronto iba á dar á la Gran Bretaña los mas felices resultados, contra la existencia marítima de las dos naciones aliadas.

A las seis de la mañana del 19 de octubre principiaron y salir de Cádiz nuestras fuerzas distribuidas en cuatro divisiones á saber: vanguardia, centro, retaguardia y observacion. La primera constaba de siete navíos y la mandaba el teniente general español don Ignacio María de Alava: la segunda, con igual número de buques que la primera, iba regida por el almirante en gefe Mr. de Ville-

neuve: la tercera, compuesta igualmente de siete navíos, se puso á las órdenes del contra-almirante Dumanoir, y finalmente la cuarta, con doce de aquellos basos, tuvo por gefe á nuestro intrépido Gravina. Además de los treinta y tres navíos franceses y españoles que resultan de la anterior distribucion, eran auxiliares de la escuadra cinco entre fragatas y corbetas y dos bergantines.

El 20 á las ocho y media de la mañana todas las fuerzas se hallaron fuera del puerto, navegando con viento fresco del E. y E. S. E., y á las doce con viento S. en vuelta del O. S. O. Apenas fuera de la boca la armada combinada, el viento se escaseó hasta el S. S. O. tan fuerte y con tan malas apariencias, que una de las primeras señales que aparecieron en el navío *Bucentaure*, en que tenia arbolada su insignia el almirante en gefe, fué la de encargar que se navegase con dos rizos tomados á las gabias. Esta escaseada produjo necesariamente una gran dispersion, hasta las dos de la tarde que felizmente se llamó el viento al S. O.: y claros y despejados los horizontes, se mandó por señal la de formacion de cinco columnas y la de union. Una fragata avanzada indicó diez y ocho velas enemigas á la vista, y por razon de esta advertencia se navegaba con los zafarranchos hechos y preparados á entrar en combate.

A las tres, por medio de una virada por redondo á un tiempo, se pusieron nuestras fuerzas en demanda del Estrecho, conservando la propia formacion de cinco columnas en que estaban antes de este movimiento; y despues de haberlo ejecutado, se avistaron cuatro fragatas enemigas, á las cuales dieron caza las nuestras de órden superior con un refuerzo de tres navíos de la escuadra de obser-

vacion, llevando aquellas y estos la órden terminante de regresar á la armada antes de que anocheciera. Serian las siete y media de la noche cuando un navío francés dió aviso á Gravina de que el *Aquiles* habia reconocido hasta diez y ocho navíos enemigos que estaban en línea de batalla, y seguidamente se empezaron á ver, y no á mucha distancia, varios tarros de luz que al parecer salieron de las fragatas contrarias, las cuales estaban interpuestas entre ambas armadas. A las nueve hizo señales al cañon la escuadra inglesa: y como por el intérvalo que corria entre el fogonazo y el ruido, no pasando de ocho segundos, se calculó la distancia máxima de dos millas, Gravina que observaba la inaccion del almirante en gefe se propasó á advertirle por señales, que seria conveniente la formacion inmediatamente de la línea de batalla. Tal era la apatía habitual del comandante superior de las fuerzas reunidas, y por ella ya se deja adivinar el resultado de la funcion que se estaba preparando.

Aceptada la advertencia de Gravina y hecha al cañon la conveniente señal desde el *Bucentaure* para formar dicha línea sobre los navíos sotaventados, amaneció la armada franco-española en tal disposicion el dia 21 con enemigos á la vista en número de veinte y siete navíos, siete de ellos de tres puentes, á barlovento nuestro y en línea de batalla de la mura contraria. El inteligente marino español, que la escuadra de observacion tenia á sus órdenes, pidió maniobrar con ella independiente durante el combate; pero Villeneuve no lo permitió, ordenando su reunion absoluta á la prolongada línea que ya formaban las tres primeras divisiones: y aunque el desagrado fué general al entender las comunicaciones, Gravina no pudo hacer mas

que prevenir el suceso, y obedecer despues las disposiciones del general en gefe.

A las siete de la mañana los enemigos, formádos en diferentes columnas, arribaron sobre nuestras fuerzas con direccion al centro y retaguardia, y Villeneuve, que confiaba muy poco en sus disposiciones no mas que en sus fuerzas, tuvo únicamente cuidado de prevenir la seguridad en el caso de una derrota; ¡triste precaucion cuando es la única de un caudillo responsable! Al efecto, y con propósito de tener á Cádiz bajo el viento, ordenó una virada por redondo, evolucion arriesgada á la vista del enemigo que acometia, la cual se verificó sin embargo, bien que con harto desórden, resultando por ella cambiado el órden de las divisiones; de suerte que la de retaguardia se convirtió en vanguardia y la de observacion, que habia tomado la cabeza de la línea, quedó formada á retaguardia, todo en la disposicion siguiente: *Neptuno* de 80 cañones, español: capitan don Gerónimo Valdés.=*Scipion* de 74, francés: capitan Mr. Beranger.=*Rayo* de 100, español: capitan don Enrique Macdonell.=*Formidable* de 80, francés: capitan Letellier, con la insignia del contra-almirante Dumanoir.=*Duguay Trouin* de 74, francés, capitan Touffet.=*San Francisco de Asis*, de 74, español: capitan don Luis Flores.=*Mont-Blanc*, de 74, francés: capitan Villegris.=*San Agustin*, de 80, español: capitan don Felipe Jado Cajigal.=*Héros*, de 74, francés: capitan Poulain.=*Santísima Trinidad*, de 36, español: capitan don Francisco Javier Uriarte y la insignia del general Cisneros.=*Bucentaure* de 80, francés: capitan Magendie y la insignia del almirante en gefe Mr. de Villeneuve.=*Neptune* de 84, francés: capitan

Maistral.=*San Leandro*, de 74, español: capitan don José Quevedo.=*Redoutable*, de 74, francés: capitan Lucas.=*Intrépide*, de 74, francés: capitan Infernet.=*San Justo* de 76, español: capitan don Miguel Gaston.=*Indomptable*, de 80, francés: capitan Hubert.=*Santa Ana*, de 120, español: capitan don José Gardoqui y la insignia del general Alava.=*Fougueux*, de 74, francés: capitan Boudouin.=*Monarca*, de 74, español: capitan don Teodoro Argumosa.=*Pluton*, de 74, francés: capitan Cosmao.=*Bahama*, de 74, español: capitan don Dionisio Alcalá Galiano.=*Aigle*, de 74, francés: capitan Courrége.=*Montañés*, de 80, español: capitan don Francisco Alcedo.=*Algeciras*, de 74, francés: capitan Letourneur y la insignia del contra-almirante Magon.=*Argonauta*, de 92, español: capitan don Antonio Pareja.=*Swift-Sure*, de 74, francés: capitan Villemandrin.=*Argonaute*, de 74, francés: capitan Epron.=*San Ildefonso*, de 74, español: capitan don José Vargas.=*Achile*, de 74, francés: capitan Newport.=*Príncipe de Asturias*, de 118, español: capitan don Rafael de Hore con la insignia del teniente general don Federico Gravina, y el mayor general gefe de escuadra don Antonio Escaño.=*Berwich*, de 74, francés: capitan Camas=y *San Juan Nepomuceno*, de 74, español: capitan don Cosme Damian Churruca.

La armada inglesa, no obstante las subdivisiones que se habian hecho de ella en el momento de la acometida, no se componia mas que de dos escuadras á las órdenes la primera del almirante en gefe Nelsson, y la otra de su segundo Collingwood. Segun se ha dicho ya, la fuerza total no pasaba de veinte y siete navíos, con mas seis

buques menores, toda ella formada en dos columnas paralelas entre sí, y perpendiculares á nuestra línea de batalla, conducidas de la manera siguiente: La de babor regida por Nelsson que montaba el *Victory*, navío de 120 cañones mandado por el capitan Hardy, se componia ademas de los siguientes: *Temeraire*, de 110; capitan Harwy; *Neptune*, de igual porte, mandado por Fremantle; *Conguerer*, de 74, capitan Pelleu; *Sewiuthein*, tambien de 74, á las órdenes de Bayntun; *Ajax*, de 80, capitan interino Pilford; *Orion*, de 74, mandado por Codrington; *Agamennon*, de 64, á las órdenes de Berry; *Minotaur*, de 74, capitan Mansfield; *Spartiat*, de 80, conducido por Laforey; *Britannia*, de 100, con la insignia de Northesk y por capitan Bullen.

La de estribor conducida por Collingwood sobre el navío *Royal Sobereign*, en que iba por capitan Mr. Roteheram, se formaba con el mencionado buque, que montaba 120 cañones, de los navíos siguientes: *Mars*, de 74, capitan Duff; *Belle-Isle*, de 74, mandado por Hargood; *Tonnant*, de 80, á las órdenes de Tyler; *Bellerophon*, de 74, capitan Coock; *Colossus*, del mismo porte, mandado por Morris; *Achile*, de 80, á las órdenes de King; *Poliphemus*, de 64, capitan Redmill; *Revenge*, de 74, su comandante Moorsom; *Swift-Sure*,, de 74, su capitan Rutherford; *Defence*, del mismo porte, á las órdenes de Hope; *Thunderer*, como el anterior, al mando interino de Stockam; *Defiance*, de 74, comandante Durham; *Prince*, de 100, á las órdenes de Grindall y el *Dreadnought*, de 110, mandado por Coun.

Ya ordenadas las columnas en la disposicion que se ha esplicado, y entre tanto que los navíos hacian fuerza

de vela para arribar sobre nuestra línea, el intrépido almirante de la armada britana comunicó á su segundo la órden terminante de que cortase la retaguardia por el undécimo navío, mientras él cortaba asímismo la línea con intento de oponerse á la retirada que los nuestros demandaban hácia el puerto de Cádiz. Con esto y con la elocuente proclama de: *la Inglaterra espera que cada uno hará su deber*, quedó definitivamente dispuesta la órden de atacar, y las columnas continuaron veloces á buscar la oportunidad de su intento respectivo.

Las doce menos cuarto de aquel dia terrible acababan de marcar los cronómetros cuando el *San Agustin* disparó el primer cañonazo contra la columna enemiga de sotavento; pero habiéndose notado por los mas inmediatos al punto del ataque que la bala no habia alcanzado, tuvieron paciencia algunos minutos mas para generalizar el fuego, comenzándose á las doce menos diez minutos, con otro disparo mas certero y aprovechado del navío *Monarca*.

Mas avanzada que la de Nelsson la columna inglesa de sotavento, arribó á todo trapo sobre nuestra línea, decidido su gefe á cortarla por el undécimo navío, conforme le estaba mandado; pero advirtiendo que este era de dos puentes, y que algunos lugares mas avanzado estaba el *Santa Ana*, de 120 cañones, por hacer mas honrosa la pelea, gobernó sobre la insignia del general Alava, cuyo navío esperaba al enemigo con el mayor entusiasmo. El *Fougueux*, francés que seguia al *Santa Ana*, así como vió que por su bauprés trataba Collingwood de atravesar la línea, pretendió adelantarse para cerrar el paso; pero el comandante Rotheran apresuró las maniobras, los ca-

ñones hicieron un fuego nutrido, en especial desde la batería del alcázar del *Royal Sovereign* porque el segundo gefe de la armada inglesa habia á prevencion mandado subir toda la gente de su navío sobre cubierta, y entonces ya no quedó al comandante francés mas recurso que poner sus gabias en facha, dejar libre paso al contra almirante enemigo, y cruzar sus fuegos contra este con los del navío *Monarca.*

Doblado entonces el *Santa Ana*, se trabó entre Alava y Collingwood el mas terrible combate de artillería que pudiera imaginarse, barloados los dos navíos tan cerca el uno del otro que sus velas bajas se tocaban. El general español, conociendo que su enemigo queria pasar á sotavento, puso toda su gente á estribor; y era tal el estrago que hacia el *Santa Ana* y el peso de sus proyectiles, que su primera andanada hizo escorar el *Royal Sovereign* sobre la banda opuesta hasta descubrir dos tablones. Semejante lucha no podia menos de causar en ambos navíos los mas terribles destrozos; así fué que el general español cayó gravemente herido, lo mismo que su digno capitan de bandera el de navío don José Gardoqui, y en poco tiempo se vieron ambas tripulaciones diezmadas, y aquellos dos poderosos buques sin el mas pequeño recurso de gobierno.

No era semejante situacion la mas propicia para dar muestras de vida el comandante de la segunda columna inglesa, puesto que desarbolado y destruido su navío, difícilmente le seria posible transmitir las convenientes órdenes á los buques que le estaban encomendados; así, para salvar tan difícil situacion se trasbordó á una de sus fragatas, la *Eurygalus*, en lo mas recio del combate,

protegido por los fuegos de su division, cuya mayor parte acudió á sostenerlo.

Mientras tales sucesos tenian lugar en el centro del combate, el almirante Nelsson, con admirable decision, se lanzó contra la escuadra combinada, decidido á cortarla por entre los navíos *Santísima Trinidad* y *Bucentaure:* pero el general Cisneros, cuya insignia tremolaba en el primero, mandó meter en facha las gabias, y estrechó de tal manera su navío con el *Bucentaure* que el almirante inglés, tras de muchas averías en el *Victory* y gran cantidad de muertos y heridos, se vió forzado á elegir otro punto mas fácil á su propósito.

Por la popa del almirante francés debia seguir, conforme al órden de batalla, el navío de la propia nacion *Neptune;* pero, aunque en frente de su puesto, este habia caido á sotavento de la línea, y su claro hubo de ofrecer á Nelsson mayores ventajas de las que hasta entonces habia obtenido. Cañoneándose por la banda de babor con el *Bucentaure,* gobernó sobre la izquierda de nuestra línea para ganar el indicado claro; pero este fué cubierto instantáneamente por el *Redoutable* á las órdenes del valiente capitan Lucas, y entonces ya fué necesario que el ataque se multiplicase de la parte enemiga, para no dar lugar á que la resistencia de nuestra línea inspirase á la vanguardia alguna maniobra, capaz de arrancar de las manos á los ingleses la victoria con que tan prematuramente habian contado.

Los navíos de tres puentes *Victory* y *Temeraire,* el que menos de 110 cañones, atacaron á la par el bastimento de *Lucas* que no pasaba de 74; pero aunque este se defendió algunos minutos con un ardimiento heróico,

no pudo evitar ser arrastrado bajo el viento al rechazar la terrible acometida del *Temeraire*, dejando bastante claro por consiguiente, para que, tras de los navíos agresores, cortara la línea combinada una porcion considerable de la columna de Nelsson. Cuando Villeneuve advirtió el resultado inmediato de aquel combate parcial, comenzó á hacer señales á la division de vanguardia para que virase de bordo y viniese á reforzar el centro de la línea de batalla; pero el contra almirante Dumanoir no quiso dar cumplimiento á la órden de su gefe, cuando todavía la accion justificaba completamente la venida de sus navíos al fuego, por mas que la fragata *Hortense*, que á sotavento del centro se entretenia, hubiese repetido las señales. Semejante inaccion censurada ágriamente por cuantos la presenciaban, privó á nuestra línea de los esfuerzos de seis navíos á lo menos, y quizá fué la parte principal de la derrota de aquel dia.

Al mismo tiempo que tan lamentable suceso tenia lugar en el centro, tambien la columna de observacion, que cubria la retaguardia de la línea, se veia envuelta por otra porcion de los navíos que habian seguido las aguas de Collingwood, separándose despues para atravesarla por la popa de nuestro *San Ildefonso*. «En tales momentos, dice con sublimado lenguage un historiador francés, la lucha es general; por todas partes las dos armadas han venido á las manos: cada navío es un volcan. Del seno de la mar se eleva un inconmensurable incendio con sus zonas de arco-iris y sus pirámides de fuego: truena el cañon sin descanso; millares de proyectiles rugen, queman y matan: devoran los equipages: las velas se hacen trizas y quebrantan los palos y los costados. Ya desapare-

cen los navíos tras espesos remolinos de humo, ya se muestran de nuevo saliendo de su nube, como aquellas belicosas deidades de la fábula que intervenian en los combates homéricos.»

Necesariamente la acometida en la retaguardia habia de tener por principal objeto el apresamiento de la insignia que marcaba el lugar del general Gravina: de suerte que, rebasada la línea por su proa, el *Príncipe de Asturias* tuvo que luchar desesperadamente contra los fuegos á la vez disparados del *Defiance* y del *Revenge*. El *San Ildefonso*, que se hallaba delante de Gravina, viró por redondo para equilibrar aquella desigual pelea; mas al notarlo los navíos ingleses *Dreadnought*, *Poliphemus* y *Thunderer* arribaron á todo trapo sobre los dos españoles, de los cuales se vió el segundo precisado á arriar su bandera despues de una defensa desesperada, en la que tuvo heridos á sus dos comandantes, con mas tres oficiales y ciento veinte y seis individuos, y otros cuatro oficiales y treinta y cuatro muertos entre tropa y marinería. Con esto el *Príncipe* volvió á encontrarse solo entre el fuego de cinco navíos; pero aun así, al divisar por un claro de su vanguardia al *Argonauta* sin bandera, quiso maniobrar para socorrerlo. Por desgracia tenia todas sus jarcias cortadas, sin estais ni palos para dar la vela, con los masteleros atravesados á balazos, y únicamente con los cañones útiles y los ánimos ardiendo en deseos de venganza, por la sangre que sus generales, el ilustre Gravina y el entendido y valiente don Antonio de Escaño, heridos, estaban derramando. Pero quizá todo el heróico esfuerzo de los intrépidos comandantes, y la constancia sublime de la tripulacion de nuestro navío almirante hubie-

ran bastado apenas contra los repetidos ataques de tan superiores enemigos, si en su defensa no acudieran como lo hicieron, los navíos *San Justo* y *Neptune*, dando lugar á que el equilibrio, en parte, se restableciese, y á que, en los últimos momentos de la batalla, la gloriosa insignia del caudillo español, clavada sobre la toldilla del *Príncipe*, sirviera para marcar la reunion de los buques que, con su honor bien puesto, pudieron salvarse.

Con no menos ardimiento peleaban todos los navíos que á la retaguardia de la línea franco-española pertenecian. Cerrábala el *San Juan Nepomuceno* como el último de los que componian en aquel órden la escuadra de observacion que debiera haber maniobrado independiente fuera de la línea, y contra él se dirigieron cinco navíos ingleses, uno de ellos de tres puentes.

«El *San Juan Nepomuceno*, de 74 cañones, lo mandaba el insigne brigadier don Cosme Damian de Churruca que allí terminó su gloriosa vida: desarbolado y acribillado, muerto su heróico comandante y su segundo, otro oficial y cien individuos, con siete oficiales y ciento y cincuenta heridos, fué apresado cuando le era imposible seguir la defensa.»

«Digamos la parte esclarecida que tuvo en el combate. Cinco navíos enemigos, uno de ellos de tres puentes, cayeron sobre el *San Juan*, recibiendo sucesivamente el fuego de todos por la mura de babor: dos de estos pasaron adelante: los otros tres quedaron batiendo al navío español, dos por babor y uno de tres puentes por la mura de estribor. El fuego de estos tres navíos continuó hasta las dos de la tarde, aproximándose segun lo permitia la flojedad del viento, pero á dicha hora estaba ya el

navío inglés *Dreadnought* al costado del *San Juan*, á medio tiro de pistola por la aleta y popa, habiendo vuelto á agregarse los dos navíos que al principio del combate se habian adelantado. Ni esto bastó: todavía otro navío quiso participar de esta desigual batalla, y el *San Juan* tuvo la gloria de batirse contra seis navíos á la vez. El valeroso comandante que dirigia una defensa tan heróica, desplegando talento y denuedo á proporcion de los riesgos, acudia á todo con una serenidad y firmeza inalterables: hacia él mismo la punteria mandando las maniobras con la vocina de combate. Ni la lluvia de metralla que cubria el navío, ni la imposibilidad del socorro movia su ánimo intrépido, superior á los reveses de la fortuna; y sino podia batir á cada uno de los enemigos por su número, con una sábia economía de sus tiros y una actividad proporcionada, tuvo siempre en respeto fuerzas tan considerablemente superiores, sin que los ingleses pensaran un momento en intentar el abordage. Así se sostenia Churruca, cuando al volver de proa, donde acababa de apuntar un cañon, cuyo tiro desarboló á un navío enemigo que le batia por aquel punto casi impunemente, le alcanzó una bala de cañon en la pierna derecha, dejándosela casi desprendida á corta distancia de la ingle. Cayó el héroe del *San Juan*: habia cumplido con su patria.»

Durante las horas que iban transcurridas de la lucha, el mas completo desórden se habia introducido en toda la línea de batalla. Nelsson que habia aprendido á vencer con el arrojo de sus navíos mas que con los cálculos de su estrategia, lograra ya aislar entre sí los principales buques de la armada franco-española, y lo que le era mas ventajoso, habia conseguido poner fuera de comba-

te, por el temor de entrar en él, la mayor parte de la division que formaba la vanguardia. Para mas gloria de su inmensa reputacion, cuando contemplaba entusiasmado el éxito seguro de sus disposiciones, una bala del *Redoutable* quiso poner término á la brillante carrera del héroe de Aboukir y de Copenhague. Entrando por la parte anterior del hombro izquierdo le atravesó el pecho para fijarse en la espina dorsal..... «Se acabó, dijo al capitan Hardy, al fin han conseguido ponerme fuera de combate.» Y con efecto, algunos minutos despues el mundo habia dejado de ser para Nelsson, por mas que Nelsson no hubiese desaparecido del mundo.

Cuando se advirtió por la línea española el acto de arriar la insignia de mando en el navío *Victory*, las voces de *¡viva el rey!* se repitieron con universal alegría, y el cañoneo se redobló con belicoso entusiasmo. Quizá no faltaron confiados pechos que juzgaron posible la victoria; que en ánimos encendidos por el fuego de la guerra vive siempre la esperanza, en tanto que la existencia no se pierde; pero aquella no pasaba de ser una ilusion pasagera, que el tiempo inexorable estaba encargado de destruir tras de cortos instantes. El destino sustentado por la torpeza, la indecision y quizá por la cobardía, tambien habia decretado la destruccion de nuestras fuerzas. Collingwood se declaró inmediatamente almirante en gefe de las británicas, y por no desmerecer de la alta posicion que acababa de heredar en momentos tan solemnes, se afanó mas y mas para completar la obra comenzada.

Muy graves eran los descalabros que la armada combinada estaba sufriendo en toda la parte de la línea don-

de la artillería desempeñaba su oficio. Villeneuve, desde los primeros momentos, despues de comenzada la accion, cuando esta se habia reducido á combates apelotonados, hizo á la division de vanguardia repetidas señales, conforme ya he dicho, para que virase por abante y acudiera al fuego en socorro de las fuerzas empeñadas. Dumanoir, que mandaba la mencionada division, repitió la señal de inteligencia, pero se guardó constantemente de acudir á donde el honor y las órdenes superiores le estaban llamando.

Entretanto, los navíos comprometidos en la lucha continuaban batiéndose con una desesperacion digna de mejor suerte. El *Santísima Trinidad*, respondiendo á los disparos constantes de cuatro navíos por lo menos, haciendo retirar á unos, desarbolando á otros y causando grandes pérdidas á todos, no estaba ya en estado de resistir mucho tiempo tan desiguales combates, puesto que sobre hallarse completamente desarbolado, apenas tenia las necesarias fuerzas para acudir al indispensable servicio de las baterías y al no menos urgente de las bombas, á fin de no irse á fondo. El *Bucentaure*, rendidos los palos mayor y de trinquete, sin jarcias ni velas de útil empleo, ni mas gobierno que el indispensable para sostenerse dentro de la línea, tambien se batia heróicamente contra múltiples fuerzas inglesas, y en tanto que pudo hacer señales, tuvo arbolada sobre el palo de mesana la órden de que viniesen al fuego los navíos de la vanguardia.

En dos pelotones se habia formado la division de Dumanoir, por consecuencia de las órdenes repetidas de su almirante en gefe. De estos el primero lo componian los navíos españoles *San Agustin*, *San Francisco* y *Rayo*, y el

francés *Heros*, todos los cuales sin consultar mas órden que la de su conciencia, gobernaron inmediatamente sobre el *Bucentaure*, del que apenas los separaba mas distancia de una milla. Quizá la determinacion fué disolvente: que en semejantes casos la union de una fuerza tan respetable como ofrecia en conjunto toda la division de vanguardia, hubiera podido servir con notable aprovechamiento para restablecer el combate y hasta para arrancar de las manos al enemigo la victoria; pero de esto si algun cargo resulta no será en buena ley contra los que obedecian las órdenes permanentes del general en gefe, repetidas alguna vez en los mástiles del contra-almirante que mandaba la vanguardia.

El *San Agustin* y el *Heros* tuvieron que hacer pocos esfuerzos para tomar parte en una accion á que estaban asistiendo desde los primeros disparos, por su aproximacion al centro de la línea; así fué que el primero sufrió, siempre de superiores fuerzas, cinco horas terribles de mortíferos disparos, ya batiéndose por sí solo dentro de la línea, ya acudiendo en defensa del *Santísima Trinidad*, al que sustituyó como blanco de sus numerosos enemigos en los últimos momentos de la jornada.

Menos afortunado el *San Francisco* por sus malas condiciones marineras, fué uno de los que antes de romperse el fuego habian caido fuera de la línea á sotavento; pero esto no le impidió acudir como pudo á donde el peligro era positivo, para sellar con la sangre de su tripulacion su presencia en el combate. El *Rayo*, con iguales defectos que el anterior, y no completamente tripulado, tambien se conquistó noble mencion en aquella desordenada pelea, acudiendo en socorro de los navíos *Trinidad*

y *Bucentaure*, y pagando á la sangre vertida en general digno tributo con la que se derramó al lado de sus cañones.

La otra parte de la division compuesta de los navíos *Formidable*, montado por Dumanoir, *Mont-Blanc*, *Duguay-Trouin*, *Scipion*, *Intrépide* y *Neptuno*, los cinco primeros franceses y español el último, tambien hubo de aparecer un momento por entre los horizontes de humo ciñendo el viento por barlovento mura á estribor, como en actitud de llegar á la pelea. A semejante aspecto, los ánimos cansados de nuestros combatientes tomaron un vigor cual si comenzara entonces el combate: los cañones del *Trinidad* y del *Bucentaure* multiplicaron sus disparos al número superior de enemigos que los rodeaban, batiéndolos por sus aletas y serviolas, y hubo un momento de general entusiasmo en que comandantes y oficiales, soldados y marineros, creyeron posible la nivelacion de situaciones entre las partes combatientes. Aquello sin embargo no fué mas que una ilusion de óptica harto pasagera, y nunca con mayor exactitud pudiera compararse tan delicioso momento á los cortos intérvalos de lúcida razon que suelen animar en su última hora al moribundo.

Tras de algunas bordadas, la division franco-española que á barlovento se sostenia contemplando la desesperada situacion de sus hermanos, escapó al fin, haciendo vela hácia la mar para no volver mas á sostener el entusiasmo de los que tan heróicamente se batian. Unicamente dos navíos de los seis, el *Neptuno*, español, conducido por su bizarro comandante el brigadier don Cayetano Valdés, y el *Intrepide*, francés, á las órdenes del valiente

capitan Infernet, al observar la direccion resuelta del contra almirante, reviraron sobre el grupo de enemigos que rodeaba al *Trinidad* y al *Bucentaure*.

¿Adónde vais? preguntó por conducto de la vocina el contra-almirante Dumanoir al comandante del *Neptuno*, cuando advirtió que este navío y el de Infernet tomaban distinto rumbo que el que la division llevaba. *Al fuego*, contestó secamente nuestro bizarro marino; pero como si la respuesta no hablase nada al honor de oficiales valientes: como si fuera digno de levantados pechos abandonar el campo de batalla sin haber ensayado el poder de sus fuerzas, el *Formidable* continuó marcando el rumbo á alta mar, seguido de los otros navíos franceses *Mont-Blanc*, *Duguay-Trouin* y *Scipion*, en tanto que los otros dos buques de aquella fatal division acudian á sacrificarse en holocausto á sus compañeros y á su honra. Quizá habia pensado Valdés reproducir en las aguas de Trafalgar su hazaña de San Vicente, salvando al mismo *Santísima Trinidad* del poder de numerosos contrarios; pero esta vez le abandonó la fortuna, obligándole á presenciar la total derrota del buque cuya salvacion pretendia, así como la pérdida de su navío, despues de haberlo metido con heróica abnegacion bajo el terrible volcan del fuego enemigo, que amenazaba incendiar todo el mar de tan sangrienta jornada.

No hacemos á los capitanes de los navíos que siguieron al contra-almirante la injusticia de suponer que no estuviesen animados de los mismos sentimientos que los que acudieron á tomar parte en la lucha; pero siempre quedará en pié la ignominia echada sobre los nombres de sus bastimentos, porque, en el peligro general, las con-

sideraciones para esquivarlo no tienen gran fuerza contra la opinion de los valientes.

Cuando todas las esperanzas se habian disipado por un horizonte cargado que amenazaba á la vez desatar en contra de los combatientes todo el rigor de una furiosa tempestad, los ánimos cayeron en la funesta postracion que trae consigo la seguridad de una inmediata catástrofe, y los fuegos del almirante en gefe y del *Santísima Trinidad* se fueron disminuyendo visiblemente.

Desde el principio de la batalla habian sido terribles las agresiones que de varios navíos ingleses habian aquellos recibido, y aunque alguna vez entusiasmada la tripulacion del *Trinidad* hubo de suponer tenia en sus manos la completa destruccion del navío que Nelsson montaba, la interposicion de otros que se acercaron á multiplicar el número de enemigos no permitió otra ventaja que la de añadir mayores quilates á la gloria de aquella defensa. En vano los navíos de la vanguardia que obedecieron las órdenes del general en gefe llegaron á mezclar sus fuegos con los numerosos grupos que por todas partes abrumaban al *Santísima Trinidad* y al *Bucentaure*. El valeroso capitan Infernet tuvo que arriar la bandera del *Intrepide*, tras de muchas averías y gran número de bajas, y el heróico Valdés, menos afortunado que en San Vicente, cayó gravemente herido á par de otros valientes, y su navío desmantelado y sin gobierno, si no sucumbió en la accion fué para ir á estrellarse con mas honra contra las rocas inmediatas al puerto de Santa María.

En semejante estado, cuando todo era estragos en la mar, y ni gobierno ni señales pudieron hacerse desde el almirante, donde los cadáveres se hacinaban y los heri-

dos no tenian número, Villeneuve arrió su pabellon y dió su navío á los ingleses para que lo marinaran. Entonces ya no fué dudosa la suerte del *Trinidad*, rodeado como estaba por siete navíos ingleses; pero en la desesperacion de sus últimas convulsiones todavía sostuvo el fuego por mas de una hora, hasta que ni para las bombas de achicar ni para los cañones habia sirvientes, ni un solo individuo existia en pié de cuantos tenian ocupacion en la toldilla. El general Cisneros, el comandante Uriarte y ciento ocho hombres se revolcaban sobre los puentes del navío con mas ó menos graves heridas, confundiendo su sangre con la de otros doscientos y cinco valientes que habian perecido en el rigor de la pelea. En tal situacion y como á las cuatro de la tarde, cuando ya todas las condiciones del honor se habian llenado, y solo un esceso de desesperacion pudiera justificar la continuacion del fuego, un ayudante dió al tercer comandante del buque la órden de rendirlo, con la seguridad de que no podria mas servir en las operaciones de la guerra. En efecto: al cesar el fuego todos los esfuerzos de la tripulacion fueron escasos para agotar mas de sesenta pulgadas de agua que habia en la bodega, y al amanecer del 24, á distancia de ocho leguas en la mar al S. de Cádiz, ingleses y españoles tuvieron que trasbordar á diferentes navíos para presenciar la ida á pique del *Santísima Trinidad*, sin que todos los esfuerzos humanos pudieran evitarlo.

Cuando en la retaguardia llegaron á entenderse, por la activa comunicacion de las fragatas, los tristes resultados del centro de la línea, nada fué ya capaz de contener los progresos de los ingleses contra la reunion de las fuerzas combinadas; pero tampoco aquellos pudieron

amenguar el valor de nuestros equipages. Mezclados en la lucha los colores de las tres naciones que se disputaban la victoria con encarnizado empeño, todos peleaban, arrebatados por el entusiasmo, en alas de la gloria que vencedores y vencidos se estaban conquistando. Muchos y muy notables fueron los rasgos de heroismo que allí tuvieron lugar, en tanto que sobre los topes del *Príncipe de Asturias* no se hizo la señal de retirada. Pero esta no podia tardar despues de lo ocurrido, y cuando la continuacion de la batalla no podia tener mas resultado que la total destruccion de los pocos navíos que aun estaban en el caso de salvarse.

La fortuna hizo que en un momento de respiro los navíos *San Justo* español, y *Neptune*, francés, acudieran en apoyo del *Príncipe de Asturias*, el cual estaba absolutamente privado de gobierno, y en demanda de la fragata Thémis para que le diera remolque. Separados un tanto, por esta circunstancia y por un fuerte golpe de mar, los enemigos que lo batian, fuéle fácil llamar á sí los buques que estaban en disposicion de retirarse; y marcando el rumbo á Cádiz, se apartó de aquel mar terrible seguido de los mencionados navíos que arribaran en su socorro, mas los *Pluton*, *Argonauta*, *Indomptable*, *San Leandro* y *Montañés*, todos con la seguridad de haber sacrificado al honor cuantas pruebas quiso exigir el rigor de tan sangriento combate.

En suma: todos los navíos españoles, con mas ó menos fortuna, concurrieron á sellar con la sangre de sus tripulaciones su presencia en el combate, por lo cual ni de cobardes merecieron la injusta nota con que la calumnia hubo de apostrofarlos, ni de imperitos dieron prue-

bas los entendidos gefes que, luchando contra todas las desventajas de la mar y del viento, supieron introducir mas ó menos pronto en la pelea algunos buques de muy difícil gobierno. A tales causas se debió, con la pérdida de nuestra escuadra, la mas gloriosa salvacion de nuestra honra, atestiguada en las playas por las alteradas olas del Océano, que en muchos dias no dejaron de devolver á la tierra, su elemento natural, multitud de cadáveres de amigos y contrarios.

El resultado general de la batalla por lo relativo á la Marina española, fué sin duda de los mas sensibles que cuentan las historias en combates navales. Solo de muertes ocurridas ya en el mar de la pelea ó de sus resultas, lloró nuestra heróica nacion la del ilustre general don Federico Gravina, cuya herida, que al pronto no ofreciera graves cuidados, habia sido no obstante tan mortífera como la de Nelsson: la de los insignes brigadieres don Dionisio Alcalá Galiano y don Cosme Damian Churruca, del capitan de navío don Francisco Alcedo: de los de fragata don Francisco de Moyna y don Antonio Castaños: de los tenientes de navío don Jacinto Guiral, don Agustin Monzon, don Ramon Amaya, don Juan Gonzalez Cisniega, don Joaquin de Salas, don Juan Matute y don Juan José Donesteve: de los tenientes de fragata don Pedro Moriano, don Martin de Uria, don Rafael Bobadilla y don José Rosso: de los alféreces de navío don Ramon Echagüe, don Cayetano Picado, don Luis Perez del Camino y don Juan de Medina: de los alfereces de fragata don Benito Bermudez de Castro, don Diego del Castillo, don Miguel García y don Aniceto Perez, y de los guardias-marinas don Gerónimo Salas, don Manuel Briones y

don Antonio Bobadilla y Eslaba, con mas de mil hombres de tropa y marinería.

Ademas: de la infantería y artillería del ejército con que se habian reforzado los incompletos equipages de los buques, tambien perecieron en la accion el teniente coronel, capitan de granaderos del regimiento de Córdoba don José Graulle; los capitanes del de la Corona don Agustin Moriano y don Bernardo Corral: los tenientes de Córdoba don Juan Justiniani y don Míguel Vivaleo: el teniente de artillería don Miguel Cebrian, y el alferez del propio cuerpo don Cárlos Belorado.

Heridos tuvo la escuadra española catorce gefes, á saber: el teniente general don Ignacio María de Alava; los gefes de escuadra don Antonio de Escaño y don Baltasar Hidalgo de Cisneros, don Cayetano Valdés, don Francisco Javier Uriarte, don Felipe Jado Cagigal, y don José de Vargas: los capitanes de navío don José Gardoqui, don Teodoro Argumosa, don Antonio Pareja, don Ignacio Olaeta y don Tomás Romery y los capitanes de fragata don Joaquin Somoza y don José Brandariz, mas otros treinta y nueve oficiales y guardias marinas, cinco oficiales del ejército y sobre mil y trescientos hombres de las demás clases.

De los quince navíos españoles que salieron al combate, se perdieron *Bahama*, *San Ildefonso* y *San Juan Nepomuceno* apresados por los enemigos; *Trinidad*, *San Agustin* y *Argonauta* que se fueron á pique y los nombrados *Rayo*, *Neptuno*, *Monarca* y *San Francisco de Asis* perdidos á consecuencia del temporal en las costas inmediatas al mar de la pelea. Salváronse pues, únicamente el *Príncipe de Asturias*, *Santa Ana*, *Montañés*, *San Lean-*

dro y *San Justo*, pero algunos tan estropeados en su buque y arboladura que, á pesar de la esclusiva atencion que merecieron inmediatamente en el arsenal de la Carraca, no se hallaron en disposicion de salir á la mar sino despues de pasado mucho tiempo.

Injusto fuera si por represalia ó torpe imitacion se negara á los valientes franceses que en Trafalgar cumplieron sus deberes, el justo tributo de admiracion que los héroes alcanzan aun en los sucesos de mas escasa fortuna. La gloria que allí cupo á cuantos pelearon, se repartió por igual entre las tres naciones cuyos pabellones ondeaban en tan terrible pelea, y la virtud del heroismo no fué menos admirada porque la acompañase la mala direccion y la desdicha.

Todos los navíos franceses, á escepcion de los cuatro que con Dumanoir huyeron de la batalla, tomaron en la lucha una parte muy digna de los mejores tiempos de su marina. Muchos bizarros gefes y no pocos oficiales, marineros y soldados alcanzaron gloriosa tumba sobre el mar de la pelea: el contra-almirante Magon y los capitanes de navío Boudouin, Courrége, Comas, Paulain, Newport, y Letourneur, grabaron sus nombres en la cumbre de la inmortalidad, pereciendo allí con encendido entusiasmo, y su destino siguieron sobre cuatro mil hombres entre la batalla y los naufragios. Multitud de oficiales y soldados heridos sellaron tambien con su sangre su heróico comportamiento, y nueve de los catorce navíos que al combate asistieron, eliminados del número de los franceses los cuatro fugitivos de la division de vanguardia, tambien fueron despojo elocuente del fragor de la batalla ó de las descadenadas iras que la siguiente tem-

pestad agitaron. Llevados por el enemigo fueron los navíos *Swift-Sure* é *Intrepide*: bolados ó á pique en la batalla *Achile Fougueux y Formidable*: y lanzados contra las inmediatas costas, algunos despues de rendidos, *Bucentaure*, *Indomptable Berwich* y *Aigle*.

Los que en la pelea sucumbieron todos son dignos de especial memoria: el entusiasmo de sus tripulaciones los condujo á luchar, y el heroismo los arrastró á la muerte. En particular el *Fougueux*, cuya mencion queda hecha tratándose del *Monarca*, español, se le vió optar por la completa destruccion cuando le fué preguntado á su comandante si queria ser bolado ó echado á pique, ya que á rendirse no se conformaba: de su equipage, al parecer, no se recogieron mas que nueve hombres.

El *Aquiles*, no menos animosamente tripulado, tambien dejó memoria muy levantada de sus últimos momentos. Peleando al lado del *Príncipe de Asturias* resistia con heróica virtud los esfuerzos de triplicado número que le batia por todos costados. Muerto su comandante Newport, y corriendo igual destino ó bien heridos casi todos los demás oficiales del buque, recayó el mando en un alferez de navío, cuando en una batería de este se habia prendido un fuego activo que amenazaba devorarlo. La tripulacion, sin embargo, continuó haciendo disparos á sus enemigos: pero estos, por un acto de humanidad bien entendida y justa en virtud de tanto heroismo, se apartaron de la pelea, y enviaron apresuradamente lanchas y botes para recoger la gente del *Achile* que quisiera salvarse. El terrible alferez encargado del navío francés rechazó con orgullo la generosidad de sus enemigos, y la mas espantosa esplosion lo sepultó poco despues con todos sus heróicos

compañeros entre los pedazos ardientes de su volado bastimento.

Donde se obraban por los menos afortunados tantos prodigios de heroismo, no podia dejar el enemigo de contar entre sí muy considerables pérdidas: que al cabo las víctimas de una y otra parte se nivelan en su número cuando es disputada la victoria. Asi fué que los ingleses perdieron sobre el mar de la batalla cinco navíos á pique á saber: *Britannia, Royal, Sobereign, Prince, Neptune* y *Spartiat;* y mas tarde, por consecuencia del temporal, otros dos: *Donnegal* y *Orion*, que desarbolados fueron á estrellarse en la costa de Africa: otro varado y á pique en la playa de Santa María, y dos á que sus mismos dueños pegaron fuego por el estado de inutilidad absoluta en que habian quedado despues de la batalla. El número de muertos y heridos que allí tuvieron los ingleses tampoco bajó de tres mil, bien que á su orgullo de vencedores no fuera dado por entonces publicarlo. Pero si el resultado en este concepto, teniendo en cuenta sobre todo las leyes de la humanidad que hasta cierto punto reprueban la satisfaccion del número, se ha de calcular por la calidad de las víctimas, no hay duda que los ingleses, teniendo que lamentar la desgracia de su almirante en gefe, padecieron harto mayor pérdida que los franceses y no menor que los españoles.

En efecto: la muerte moral que mas tarde produjo el fin trágico de Villeneuve, no pudiera compararse jamás con la pérdida de los muy altos servicios que todavía á la Gran Bretaña hubiera podido prestar el primer caudillo de las modernas armadas. Por el contrario: la defuncion de Gravina, cuando tantas dotes de ciencia y de milicia naval

poseia, en los momentos decadentes de la Marina Española, fué un golpe de muerte muy capaz de nivelarse con la desgracia de Nelsson su enemigo. Uno y otro brillaban como astros puros de sus escuadras respectivas, y no cabe duda de que ambos hubieran sido en iguales circunstancias muy dignos competidores.

El crédito de sus servicios respectivos los reunió en Trafalgar con muy escasa diferencia de condiciones de mando; y la fortuna que los conocia enlazó sus nombres orlados de gloria, dando á los dos un mismo orígen de su muerte. Cuando la ballalla de Trafalgar no hubiese sido digna de la triste celebridad que goza en la historia por sus sangrientos resultados, indudablemente hubieran bastado para inmortalizarla en los anales marítimos del mundo las sucesivas catástrofes de Nelsson y Gravina. Desgraciadamente para la humanidad nombres tan privilegiados debian arrastrar y arrastraron en pos de sí muchas y muy heróicas víctimas, y así fué que, valiéndonos de la feliz inspiracion de un veterano que allí estaba, el mar de la batalla, que antes de comenzarse esta semejaba la mas hermosa poblacion que pudiera imaginar la fantasía, á las cinco de la tarde de aquel sangriento dia no era mas que un flotante cementerio con multitud de cadáveres insepultos, y cubierto de destrozos.

Funesto resultado fué por cierto aquel de una imprudente resolucion y de mas indisculpables movimientos. Todos los comentadores de la batalla se decidieron en sus juicios á echar la mayor parte de la culpa de la derrota padecida allí por la escuadra combinada á su general en gefe. Algunos ingleses, para mas honrar la memoria de sus compatriotas, dan las causas á mejor fortuna, ci-

mentada sobre el mayor arrojo y esmerado gobierno de la escuadra de Nelsson, suponiendo que siempre el resultado hubiera sido el mismo, cualesquiera que fuesen las disposiciones tomadas por nuestros generales. Pero estos mismos á quienes arrastra la pasion harto mas que la filosofía de la historia, no pueden menos de conceder á sus vencidos los mayores tributos de admiracion y respeto por su heróico comportamiento. Aun en los momentos mismos del combate, cuando hablan el orgullo á la inteligencia y los resultados á la vista, haciendo muy inferior cuanto á la desdicha sucumbe, los ingleses publicaron muy alto la gloria adquirida en la lucha por los mismos que se rindieron, haciendo lenguas del valor español como de prenda de gran valía.

Solo Mr. Thiers se esmeró en detractar á las ilustres víctimas que allí perecieron, como si la gloria del que sucumbe peleando, pudiera eclipsarse ante la baja calumnia de un autor apasionado. Es verdad que el publicista francés, sobradamente parcial y amigo de cuanto á los suyos toca, necesitaba disculpar la impericia de un general, la terquedad de un ministro empeñado en conservarlo hasta contra el decoro de su nacion, y la inconcebible tolerancia del gran génio de la época; y para ello no halló mejor camino que el de la injuria, contra la memoria de los valientes que con sus compatriotas se hermanaron en aquella contienda. Supuso, á no dudar, que en su apoyo, para fascinar á los que de historia se ocupan, acudirian las frívolas ideas que de nuestro verdadero estado de civilizacion y adelantos se tienen comunmente en las naciones ilustradas, por mezquinas ó interesadas relaciones de mas frívolos ó venales escritores; pero ig-

noraba que la verdad es eterna, y contó sobradamente y fuera de sazon con la proverbial indolencia de los españoles.

El tiempo todo lo esclarece, y la razon al cabo acepta la verdad donde quiera que la encuentra. Por esto hubiera sido mas digno de la fama que goza el escritor francés, seguir las huellas de otros mas inteligentes en la cuestion que se ventila, y dar á cada uno la gloria ó la culpa que le tocase en la fatal, pero heróica jornada. Es verdad que entonces ningun cargo tendria que hacer á los españoles, y quedando en pié la derrota, toda, pesaria sobre la nulidad de Villeneuve, clamando á la vez la pública execracion contra la fuga cobarde de los cuatro navíos franceses.

